

Dos viajes distintos y un solo Perú verdadero

Jairo Morales Henao



Como en muchas novelas contemporáneas, inclinadas por el fragmento, en las antípodas de la totalidad lineal y prolija porque se hila lo traído a cuento de tal manera que nombre lo dejado en la sombra de las márgenes, *Viaje al Perú*¹ es un libro de viaje construido desde una opción semejante. La fuerza de sus iluminaciones, tanto como sus agujeros negros, y el algo de limalla cotidiana, de las horas grises que preceden, prolongan o acosan aquellos momentos excepcionales que justifican haber realizado el viaje, y que merecieron por eso ser escritos, hacerse memoria esencial de esas dos semanas y media, dan para sentir lo que sus páginas no alcanzaron a tocar de la geografía física y humana del país, o de su pasado histórico y literario.

El género “libro de viajes” ha evolucionado entre nosotros desde el andamiaje pesado de relatos del siglo XIX, como los de Salvador Camacho Roldán, quien en sus *Notas de viaje* se cree obligado a informarnos con minucia o manía de estadístico cuántos quintales de arroz o algodón, o kilos de ganado en pie, se movían por el Misisipi mes por mes, por la época en que recorrió el lugar, y establecer tablas comparativas con las cifras que en esos renglones de la economía mostraban años inmediatamente anteriores, o los de algunos de los escritores reunidos por Gabriel Giraldo en la compilación a la que tituló *Viajeros colombianos en Alemania*, quienes dejaron sus memorias de viaje por ese país en distintas épocas, especialmente en el siglo XIX, casi todos ellos deslumbrados por las dimensiones y la opulencia de edificios, monumentos, parques o avenidas, en lo que veían expresión y modelo de progreso, admiración que expresaban dejando constancia de las medidas exactas de aquellos signos urbanísticos y arquitectónicos, al mejor estilo de los viajeros del XVIII, obsesionados con el progreso material y la ciencia positiva, referencias adobadas por lo regular con reflexiones sociológicas, morales o filosóficas.

Para no ser injustos con nuestra literatura de viajes de siglos anteriores, hay que decir que otros autores se pueden leer todavía con agrado: no hacían de su relato escrito del viaje un zurcido de informa-

ción pesada, próximo —y a veces más que próximo— al tratado económico y sociológico, sino que se ubicaban de entrada en el centro de la experiencia sensorial del viaje, en los lugares recorridos y sus gentes, y en lo más destacado de lo que les ocurría, por supuesto, desde la cultivada sensibilidad de cada quien. Pensamos, por ejemplo, en *Viaje de Medellín a Bogotá*, de Manuel Pombo, relato de un viaje hecho en 1852 y que fue escrito el mismo año, pero que sólo se publicó sesenta y dos años después, por mediación de un hijo que había conservado el manuscrito, y en el reconocido *Viaje a pie*, de Fernando González, editado por primera vez en 1929. *Viaje al Perú* encuentra en el libro de González su filiación de perspectiva del viaje y su narración, que no de su escritura, pues los lenguajes difieren. Afirmamos la filiación común en el sentido del tratamiento moderno, es decir, despojado de prolijidad narrativa decimonónica, anclado, en cambio, en una selección de episodios que rindiera lo esencial del viaje, su mejor intensidad, y libre de andamiaje académico, de este lado del pantano del tratado, sea el que fuere, no de cultura y humanidad.

Ni de lejos poseo el conocimiento del Perú revelado en estas páginas, que en su autor parece originarse en una verdadera adicción, ni, por lo mismo, lo tengo tan en el alma como él. Mi primer contacto con ese país fue una lectura juvenil de *El mundo es ancho y ajeno*, que en la memoria es un recuerdo

tibio y luminoso de campos inabarcables, cubiertos de trigales y maizales bajo un sol a la vez dulce y deslumbrante, detenido para siempre en unas anaranjadas tres o cuatro de la tarde, un estallido de morbida fecundidad amarilla que doblaba los tallos, relumbraba en las mazorcas y las espigas, apremiaba a los amantes en busca del pajonal más cercano, y un nombre que siempre ha estado ahí, en algún rincón de la mente, como un ídolo tenaz y pacienzudo: Rosendo Maqui. También fue literario el segundo, cuando, de paso por Pereira, un vagabundeo de una hora me condujo por azar a una librería, donde los únicos pesos que podía comprometer sin tocar lo del almuerzo en La Pintada se quedaron a cambio de la edición de Casa de las Américas de la *Obra poética completa* de César Vallejo, desde entonces algo así como una piedra sombría y solitaria en un desolado paraje de montaña, presidiendo su calvario de poemas tristes. Luego vendrían Vargas Llosa —leído maníaticamente, en el orden en que ha escrito y publicado sus libros—, Ribeyro, Bryce Echenique, no José María Arguedas, aunque tengo sus dos novelas más famosas, pero que siguen ahí, intocadas, en la admiración que me sembró el ensayo de Vargas Llosa sobre su obra y su vida íntimamente desgarrada, y en el que escribió sobre *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Y en algún intersticio de estas lecturas, la anécdota que uno sabe no olvidará nunca desde que la lee por primera

vez: Ciro Alegría sentado en su pupitre de una escuela de Trujillo asistiendo a las clases que le dicta su maestro César Vallejo, allá por 1918. Y la selección de fútbol del Perú, el único gancho no literario, en lo que me conecto con el autor de *Viaje al Perú*, pero desde antes porque soy más viejo: en esa selección de los setenta, que encantaba con la elegancia de sus jugadores para llevar el balón y hacer los pases, lo que hacían como despidiéndose del esférico con una caricia de los pies, imagen que jugada tras jugada hacía ver el fútbol como si fuera asunto fácil, no un libreto de choques y carreras sino de hilvanar una danza, una “danza del sol” (siempre me ha trabajado la duda de qué tanto tenga que ver en esa imagen el uniforme blanco y la diagonal roja de la camiseta). Pero eso es todo, muy poco para poner al lado del Perú que llevaba adentro el autor de este libro de viaje cuando subió al avión con destino a Lima. Pero suficiente para una reseña desde la simpatía, que es a lo que hemos aspirado en esta nota, y sobre todo porque la escritura misma del relato, su factura literaria, la solvencia narrativa sin bajones, la agudeza crítica, el humor y el vuelo poético del lenguaje en frases y párrafos, o el latente en el subsuelo de experiencias como la contada en el aparte titulado “Calle César Vallejo”, justifican nuestro intento de arrimarle lectores a este libro.

Un espeso subsuelo de lecturas de historia, antropología y literatura peruanas llegaba

en el espíritu del autor al descender en Lima. Y esas lecturas fueron protagonistas del viaje, marcaron una diferencia fundamental con lo que podría ser la situación del viajero que careciera de ellas, que, en el caso del turista común, son casi todos, excepto por las guías que se ojean con displicencia antes y durante el viaje, y que después se olvidan. Escritores tan decisivos para el alma peruana, porque sus obras, a la vez que se hicieron con su savia, contribuyeron a crearla, a darle identidad, perfil específico, como el Inca Garcilaso de la Vega, César Vallejo, José María Arguedas, Ciro Alegría, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa, Abraham Valdelomar, y otros menos conocidos para el lector colombiano promedio, como Alonso Cueto y Daniel Alarcón, así éste recibe una tunda del autor por inauténtico: hace de espejo en el que contrasta la autenticidad de la novela de Cueto, *La hora azul*. Porque éstas y muchas otras lecturas hicieron del viaje, en mucho, un eco de ellas, el cristal desde el que todo, lo grande, Cusco y Machu Picchu, un museo o un caserón histórico, un barrio legendario o la nave de una catedral, y lo pequeño o anónimo, y hasta anodino, la fisonomía de una dependienta, una calle limeña suburbana que lleva el nombre de César Vallejo, el regateo que acompaña una compra, fue visto, cavilado, sopesado y destilado en las palabras del relato que leemos. Que las referencias históricas y literarias suman y tejen un sustrato desde el que

se leyó ese mundo, y que ese limo es mucho más que un barniz o capa de erudición, es algo que se constata a cada página. Por eso, digamos, en el texto titulado “Los libros profundos”, el conocedor de la obra de José María Arguedas muestra su conocimiento literario de ella con un resumen de treinta líneas, muy preciso y agudo, sobre los rasgos de contenido y estilo que considera diferenciadores en la obra del que llama “máxima figura del indigenismo literario americano”; pero es en los párrafos finales donde se patentiza cómo lo literario se ha transubstanciado en una participación en las corrientes profundas que determinan la obra de Arguedas, en una apropiación del Perú hondo, mestizo, capturado en sus cuentos y novelas, en la comunión con un conocimiento que ya es más que literatura e historia, que es comprensión intuitiva, poética, del drama histórico del país, de su mestizaje cultural y de la violencia que subyace en él, del lugar que aún ocupa en el alma peruana una mitología que alienta en los personajes de Arguedas, no como nostalgia sino como cosa viva, como signos que les permiten interpretar el mundo y enfrentarlo. La iluminación ha ocurrido mientras miraba el rostro del escritor en el afiche, rodeado de figuras oscuramente alegóricas a ese mundo mítico: por una acumulación y precipitación final no reducible a argumentos lógicos, esa caligrafía le revela el vínculo hondo, raizal, del narrador peruano con el mundo que lo hizo y al que él le dio fijeza en el prisma, a la

vez luminoso y atormentado, de sus cuentos y novelas. Pero es claro que el encuentro había tenido su vela de armas, que quien vive y narra el viaje venía de cumplir el rito de un viaje previo por todos los relatos de Arguedas, que lo dejaron en el umbral de ese momento, para que se diera cuenta de que el acontecimiento ya había ocurrido río arriba de las lecturas, aunque sólo hasta ese instante de mirar el rostro en el afiche se diera cuenta: “Me ha bastado el guiño grave y profundo de una cara conocida; de una cara que es también un escenario, formado lentamente en la memoria al pasar de las muchas páginas que llenaron mis noches de otros años, miles de kilómetros al norte de este país de ojos rasgados”. Cosa que suele suceder con todo escritor que llega a ser parte entrañable de uno.

Con los otros escritores invocados en las páginas de este libro de viaje ocurre algo semejante. La percepción de que en absoluto se corresponden el ser de César Vallejo, su vida y obra, con el aséptico lugar suburbano de la calle que lleva su nombre en Lima, propicia uno de los desencuentros más radicales del viajero. Lo obliga a interrumpir su paseo, subirse a un taxi y alejarse de allí. La evocación desesperada de versos del poeta serrano no consigue vencer la extrañeza que se establece en la mente del autor entre el lugar de la nomenclatura urbana con el que la municipalidad hace homenaje a la memoria de César Vallejo, “discretas mansiones

que anticipan la frescura lujosa de San Isidro”, sin “nada en común con un corral de casucha andina o con la lobreguez de un vetusto cementerio europeo”. Ni tampoco con el recuerdo de los poemas, con el que el choque de la calle y los barrios que atraviesa es frontal.

Desde una perspectiva semejante a lo que ocurre con el eco literario de César Vallejo, gravita el de Abraham Valdelomar, uno de los más refinados prosistas del modernismo latinoamericano (junto a otro peruano: Ventura García Calderón) y una personalidad aureolada por luces y sombras (tal vez más de lo segundo) que hacen de él un hombre y escritor algo enigmático y en todo caso elusivo a una aprehensión cómoda. No que el autor de *Viaje al Perú* se despoje de su andamiaje de antropólogo cuando visita el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, específicamente cuando recorre las salas dedicadas a la cultura moche, sino que es significativo y característico que lo haga “para comprobar una descripción literaria: la que, en *La ciudad de los típicos*, sitúa las sonrisas de los huacos de la cultura moche en la categoría de las muecas atormentadas”, tesis de Valdelomar en esta novela.

Ciro Alegría es una presencia amable, querida y solar que gira en las cercanías del encuentro entre el autor del libro que reseñamos y un hijo del novelista que escribió algunas tan magníficas como *La serpiente de oro* y *El mundo es ancho y ajeno*. La conversación entre ellos en una cafetería universitaria impone la sensación de dos hermanos

que evocan cosas del padre, y que lo hacen con un cariño y conocimiento que no necesita de aspavientos ni abundancia de palabras porque llevan años conversando sobre “el viejo”, releendo sus cosas, repitiéndose el anecdotario con apenas alguna novedad sobre un hallazgo bibliográfico inédito o la recuperación reciente de un episodio biográfico ignorado hasta entonces. Por eso sería engañoso considerar que esta evocación de Alegría es de un calado inferior a las ya mencionadas. Más bien ocurre como en esas viñetas iluminadas en las capitulares de manuscritos medievales, que nos subyugan siempre cuando nos las encontramos al hojear una enciclopedia o al pasar la página en alguna edición facsimilar, pues la luz que las ilumina, más que venida de una claraboya o ventanuco que vemos o no, parece brotar y expandirse desde las cosas mismas y los seres reunidos en la imagen, desde su realidad más íntima, desde su verdad secreta. Ese encuentro entre el hijo de Ciro Alegría y el autor de *Viaje al Perú*, discurrió bajo la luz del conocimiento amoroso que los dos poseían de la obra del novelista.

Pero el libro toca otros registros. El viaje fue múltiple, como lo dice el título de esta nota, desplegándose en el espacio y el tiempo. El pasado inca intentando aprehender más allá, o más a lo hondo, de lo que parlotean guías, cuentan libros y catálogos, callan la arquitectura y los objetos sobrevivientes, hirvientes de enigmas, perturbadores, a la

vez espléndidos y angustiosos, humus de la conjetura y la ensoñación sobre lo que ahí fue. Templos, murallas, terrazas, escalinatas, aposentos truncos, mascarillas, vasijas zoomorfas y antropomorfas, adornos, exaltan tanto como atormentan al viajero, convencido de lo obvio: todo aquello calla o sugiere más que revela. Tal vez por eso buscó refugio ocasional en la exultante inmediatez sin preguntas de un partido de fútbol, se arriesgó al horror de un cementerio colonial subterráneo, se dejó estar en la soledad de un malecón en la mañana, en la frescura o el aire seco de una calle, en un figón sin pergaminos, en el tira y afloje de una compra.

Pero esos otros registros poco hacían por su desasosiego. El único territorio que a la larga le ofrecía piso firme era la literatura, su cúmulo de lecturas previas de autores peruanos; desde ahí, desde esa urdimbre de intuiciones, poesía e imaginación, se ubicaba para enfrentar ese mundo con alguna seguridad. Alguna y única. Iluminaciones, corroboraciones, desencuentros que lo afianzaban en las identidades más auténticas, vinieron del lado de la literatura. Igual le sucedió en Machu Picchu. Deslumbrado ante aquella majestuosidad, dominado por el desasosiego de saber “ininteligible” lo esencial de aquella “urbe” muerta, cerrada en su quietud monumental mientras la recorre el inquieto hormiguero turístico,

oscuro o ufano enigma de piedra, el narrador encuentra de nuevo la literatura, en este caso la novela *Muchas lunas en Machu Picchu*, de Enrique Rosas Paravicino. El novelista ha imaginado, en palabras del autor de *Viaje al Perú*, un argumento que es “solución lúcida al enigma de la ciudad” porque ha eludido el tratamiento “exotista” y de esa manera consigue que la Ciudad Sagrada le rinda al viajero intuiciones y símbolos de la “cosmovisión india” que animaba a los que construyeron aquel complejo monumental y vivieron en él, con un sacudimiento de cercanía como no lo supieron hacer los libros de historia y antropología, la contemplación misma del lugar, los catálogos, las explicaciones verbales. La literatura, ya en el remate del viaje, volvía a ganar la partida.

Y ése parece ser el significado central de este libro. Como está claro, la naturaleza simbólica, alusiva, metafórica, del lenguaje literario, al abarcar la totalidad de la experiencia del hombre, consigue una cercanía con esa totalidad que le está vedada a las ciencias y otras formas del conocimiento que se ocupan sólo de un campo específico de esa experiencia. Para que no queden dudas, el autor concluye así el penúltimo de los brevísimos capítulos que componen su libro:

Días atrás descifré el enigma de un museo gracias a los lánguidos apuntes de Abraham Valdelomar. Ahora siento que una novela de imaginación sin rienda me lleva —con la sabi-

duría que no tendría ningún guía— por los pasajes de la ciudadela sagrada de los incas. Así las cosas, la sospecha es de rigor: ¿habrá peor necedad que esta de escaparme a tantos kilómetros de mi biblioteca?

Siguiendo la misma pita, para el autor de este comentario es de rigor, a su vez, proponer, como última vuelta de tuerca, como juego, como guiño que lleva ese pensamiento a su extremo consecuente, este interrogante: ¿Y si el viaje todo hubiera sido invento puro, no estaríamos ante una de las estrategias novelísticas más astutas y poderosas para desarmar toda reserva en el lector, para convencerlo de la verosimilitud de lo que se cuenta, para atrapararlo? Pero no, el viaje se hizo, y aunque el libro, por supuesto, no es una novela, el que haya provocado ese pensamiento en el comentarista habla de la eficacia de su escritura. ■

Jairo Morales Henao (Colombia)

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Director del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto y editor del boletín cultural y bibliográfico *Escritos desde la Sala*, publicación de la Sala Antioquia de la misma institución. Entre otros libros ha publicado: *Desencuentros* (cuentos, dos ediciones: 1984, 2000); *Atardecer en el parque* (novela infantil, 2009); *El carpintero soñador* (teatro juvenil, 2001); *Medellín en su narrativa* (antología, 2006).

Notas

1 Juan Carlos Orrego. *Viaje al Perú*. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia, 2010, 140p.